

La epopeya de la clausura

Conrad: los últimos momentos

Christopher Domínguez Michael

Antes de emprender la travesía a la que invita Sexto Piso al publicar la voluminosa *Narrativa breve completa* (2015), de Joseph Conrad, quiero recordar el par de libros que Jessie Conrad escribió sobre su marido, el gran novelista anglopolaco. Hoy causan rubor por ser una muestra de amor conyugal ciego y de una devoción inquebrantables, incluso pensando en la medida de lo que eran, a finales del siglo XIX, las relaciones entre los hombres y las mujeres. En *Joseph Conrad as I knew him* (1926) y *Joseph Conrad and His Circle* (1935), Jessie, una mujer de escasa instrucción casada con Conrad desde 1894, retrata al novelista como un excéntrico malhumorado que dominaba a su familia como a la última de las tripulaciones que le tocó guiar. El candor de Jessie, quien en 1903 sufrió un accidente que la dejó parcialmente inválida, nos narra la estricta obediencia debida a su esposo, el autor de *Lord Jim* (1900), *Nostramo* (1904), *El agente secreto* (1907), entre otras grandes novelas.

Conrad nació el 3 de diciembre de 1857, en Berdichev, en la antigua Polonia y murió en Canterbury, Inglaterra, el 3 de agosto de 1924. A continuación ofrezco al lector fragmentos de la crónica que del fallecimiento de Conrad dejó Jessie, su enfermera y dactilógrafa, ella misma gravemente enferma. Dice en la vieja traducción argentina (*Conrad, El hombre y su círculo*, Nova, 1945) de J. de Arosa que en el 150 aniversario del nacimiento de Conrad reproduce en el desaparecido suplemento “El Ángel” de *Reforma*:

“En la víspera del día en que me interné otra vez en la clínica, donde pasé siete u ocho meses, mi esposo fue a Londres para almorzar con el embajador de Polonia. Dejó órdenes para que el metálico de su estrecha cama —la que había cambiado por

la suya con la enfermera— fuese arreglado durante su ausencia, esa que debió durar un solo día. En vez de cumplir lo ordenado por él, pedí a una mueblería de Canterbury que enviase una cama de dos plazas. Quedé muy satisfecha creyendo que había asegurado una mayor comodidad a mi esposo. Pero sus nervios estaban al rojo vivo y cualquier cosa le servía para hacer una escena. A pesar de mi larga experiencia respecto a sus rarezas, confieso que aquel día no esperaba la tempestad que estalló sobre mi pobre cabeza. Se puso rabioso cuando vio la nueva cama que —decía— semejava un catafalco. En vano traté de conformarlo, diciéndole que si le desagradaba el nuevo lecho podía cambiarse por otro al día siguiente. Por primera vez, se fue a acostar sin darme un beso. Aunque parezca tonto, yo pasé la noche llorando.

“Después de la intervención que sufrí, permanecí acostada con el pensamiento puesto en mi hogar. Mi marido estaba otra vez con un ataque de gota, pero, según supe más tarde, no se trataba de una de sus crisis corrientes... Cuando se encontró un poco aliviado fue a verme dos o tres veces. Sus visitas fueron cortas. Llegaba siempre agotado por el viaje en auto y por las emociones. Estaba enojado porque mi mejoría era muy lenta y su estado de nerviosidad era más intenso que nunca. Casi no hablaba; se sentaba en el sillón y dormitaba. Repetidamente me decía:

—Deseo que vengas enseguida para casa, Jess.

“Escribió al hospital dando las más detalladas instrucciones para mi traslado a casa, y él quería estar presente para el caso. ¡Qué vuelta a casa! Era la segunda vez que me llevaba en ambulancia, pero en esta tomaron más precauciones. Faltaban doce días para el trágico 3 de agosto de 1924.

Aunque tuve que permanecer quieta, estaba al lado de Conrad. Pude pasarle a máquina lo último que había escrito y que quedó sin concluir: *Legends*”.

Ambos enfermos pasaron juntos varios días. Pese a estar en el límite de sus fuerzas, Jessie atendía a un Conrad que empeoraba:

“No sabíamos lo que debíamos hacer para aliviar la opresión que aquejaba al enfermo. Por consejo de Curle nos decidimos a llamar a otro médico, que vino enseguida y pasó una hora con el paciente. Su opinión fue la misma que la del médico de cabecera. Indicó simplemente que, cuando estuviese bien, mi esposo debería arreglarse la dentadura.

”Joseph Conrad y yo pasamos la noche en vela. A las seis de la mañana el mismo Conrad hizo llamar a Boris para pedirle que fuese a llamar a un enfermero. Más tarde me dijo a través de la puerta cerrada:

—Oye, Jess, estoy mejor ahora. Todo esto es para hacerte andar.

”Yo murmuré un ferviente ¡gracias a Dios!, y le respondí a mi vez con el mismo tono alegre. Después de eso le oí alabar los buenos cuidados que le había proporcionado su ayuda de cámara, a quien rogó que se sentase en una butaca cerca del fuego, y luego, que se retirara a descansar. Pasaron algunos minutos. Yo escuchaba el familiar palmoteo de sus manos contra los brazos de su butaca. Después vino un ruido confuso y ahogado. Corrieron a su habitación, a la llamada de mi timbre, y se le encontró apoyado sobre las manos y las rodillas, caído de la butaca, muerto. Yo había oído sus últimas palabras, pero la suerte cruel no me permitió mover para acercarme a él. Mis muletas estaban apoyadas contra la pared en el otro extremo de mi habitación, fuera de mi alcance”. **U**